

“Mientras tanto, esfuércese por imitar a la Srta Lagelouze de que ya es Hija de la Caridad. Ya le dije que ella no llegó a esa felicidad sino después de haber pasado por las mismas pruebas que Ud. No se habrá olvidado Ud de que ella los soportaba como una verdadera copia de Nuestro Señor. ¡Qué firme fue en su proyecto! ¡Pero al mismo tiempo, qué dulce, agradable, discreta y entregada era! ¡Se hacía cada vez más interesante para Dios y para su padre!

“Haga lo que hizo ella; como ella, actúe en relación a Dios y en relación a su padre, y espero, que conseguirá a su tiempo lo que consiguió ella, ¡emplee los medios que ella empleó para ganar a uno y a otro y, quiero creer... Como ella sirva a uno y a otro con amabilidad y una pasión siempre creciente; sobre todo no se niegue a nada de lo que exige el estado de su querida y venerada hermana; y espero que conseguirá a su tiempo lo que consiguió ella.

“El cántico del Hombre Nuevo: “**Aquí estoy**” Adiós, buena hermana, paciencia, coraje, perseverancia. Todo suya en los Sagrados Corazones de Jesús y de María”.

Correspondencia 20, Tomo I, 1842

aceptación

En tus manos, Dios providente, dejo mi vida.
Iré, sin angustia, confiando en Ti.
Hoy y mañana, y al otro...
será siempre lo que Tú dispongas.
Yo lo acepto todo, venido de tu mano...
Todo: la alegría y la tristeza.
Esa buena noticia y ese disgusto...
Señor, todo vendrá por tus manos de Padre hacia mí.
Todo aceptado... hasta esa hora,
última de mi vida, que llegará como ladrón.
Un aceptar activo que colabora y trabaja.
Frente a los acontecimientos Tú esperas de mí
la energía y el trabajo personal.
En tus manos debo actuar y afanarme sin angustia.
Estar para Ti siempre en vela,
la lámpara encendida y el repuesto de aceite
para montar mi guardia.
No esconder mi luz bajo el cajón
sino encendida sobre el monte
para que todos vean mis buenas obras
y te alaben a Ti. AMÉN

El Pez

Composición del RP Daniel R Martín scj



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA

**Betharramitas, Religiosos y Laicos en Nueva Evangelización
con “una estima sincera de nuestra vocación y de nuestra misión”**

Año VII 2003 – N°6

Vivir a la intemperie

Vivir la fe a la intemperie es entrar en la comprensión del tiempo cultural presente. Es también aceptar vivir en la inseguridad, en la inestabilidad y en la búsqueda. Es sentir el reclamo de los diversos desafíos. Es tender hacia el grupo de fe como referencia; mejor aún, hacia la comunidad de fe como pertenencia. Vivir la fe a la intemperie es vivir en la humildad. Es centrarse en el Señor. Es salir de uno mismo, superando lo formal y lo ritual para ir a lo profundo, porque “**el Padre está en lo secreto**” (cf. Mt 6,4,6,18). Es entender que la vida de fe se comparte para que pueda desarrollarse con naturalidad y fecundidad. Muchas veces a la experiencia de fe la hemos mantenido demasiado en el fuero interno personal. De esa manera la hemos dejado marchitarse y perder su lozanía.

Vivir la fe a la intemperie es entender que la vida de fe es difícil,
es compleja, es gozosa y dolorosa a un tiempo.

Yendo más al fondo...

Llevando la reflexión más a fondo, creo que hay dos aspectos a los que tenemos que prestar atención a la hora de analizar la vida de fe.

Por un lado, la ausencia de experiencia significativa de fe en numerosos cristianos. Viven ciertos vacíos importantes y peligrosos como:

- ⊗ la falta de arraigo vivencial en Jesús de Nazaret, como Señor;
- ⊗ la falta de enamoramiento por la persona de Jesús y su proyecto de vida y de misión;
- ⊗ la falta de referencia a un grupo significativo de fe;
- ⊗ la falta de pertenencia a una comunidad de fe.

Por otro lado, la *presencia invasora de una cultura secularizada* que desplaza los valores de la vida y del Evangelio. Es una cultura que desplaza muy pronto a la institución eclesial haciéndola pasar del centro a la periferia de cierto poder e influencia.

Esto marca la mentalidad de los creyentes. Según cómo se sitúen con respecto al proyecto y al mensaje de Jesús, sus posturas y sus opciones cambiarán. En unos, buscando un pasado sin retorno. En otros, abandonando fácilmente la referencia a la fe. Por suerte, existen hombres y mujeres de fe que creen que *“a la Iglesia, marginada por la cultura emergente actual, viviendo en la periferia y a la intemperie, de le ofrece la oportunidad de ser, para esta sociedad que la relega, anuncio y realidad de una nueva civilización: la civilización del amor”* [S. Gamarra en SURGE nº 614, página 481].

Experiencia de Jesús

Jesús de Nazaret vivió su experiencia de fe a la intemperie. ¿Cómo ubicar, si no, esta palabra significativa? **“Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza”** (Lc 9/58). Jesús carga con su Misterio y con su Misión y los vive “a la intemperie”, en una gran soledad, incomprendido tanto por los jefes religiosos de su época como por sus propios discípulos.

Jesús necesitaba refugiarse frecuentemente en el diálogo filial con el Padre para sentirse acompañado y sostenido. Porque su vida entre sus contemporáneos, por más que fueran religiosos, fue marcada por un tipo de incompreensión que condujo, al final, al rechazo. Los mismos discípulos vivieron esta experiencia de la incompreensión, el rechazo y el abandono

de Jesús. Se transformaron en verdaderos creyentes sólo después de la Pascua. Con la manifestación y la fuerza del Espíritu, aprendieron de su Maestro a vivir la fe a la intemperie aunque con ‘la libertad de los hijos de Dios’. Poco a poco iban siendo capaces de encarnarse en la diversidad de culturas.

Hoy, en una época cultural tan cambiada y desafiante para todos los que buscamos la significación de realidades como ‘sentido’, ‘fidelidad’, ‘interiorización’, ‘discernimiento’, ‘comunidad’, ‘felicidad’, ‘esperanza’... la experiencia de fe tiene que poder vivirse “a la intemperie”. Sabemos que éstos son tiempos en que “no tenemos donde reclinar la cabeza” en las formas exteriores y transitorias. El vocabulario religioso no siempre alcanza para expresar la profundidad del Misterio. La celebración de la

fe no logra, siempre, tocar el corazón del creyente. Se hace necesario educar a las diversas generaciones de cristianos, tanto a las más nuevas como a las más tradicionales, para que logren vivir en la fe con un fuerte arraigo en el encuentro personal con el Señor. *Creo que éstos son tiempos en que la educación de*

la fe tiene que conducir a la interioridad, al discernimiento, a la solidaridad, a la comunidad, y todo esto como “fuente, lugar y meta”. Ya lo decía, en 1983, a los catequistas de América Latina, el Congreso de Catequesis de Quito.

Conclusión: primacía de la Comunidad...

El aspecto comunitario es, justamente, el que deseo reflexionar para concluir. La comunidad cristiana primitiva se identificaba con la “casa”. Y, para ella, la “casa” era el lugar y el espacio de la experiencia de fe. Era el ámbito en el que el grupo de creyentes se acercaba al Misterio de Dios. Era el contexto del discernimiento, de la Palabra, de la celebración cordial y compartida. En la “casa” todos eran reconocidos porque todos vivían la pertenencia. En la “casa” se vivía la confrontación y el desafío, la formación y la reconciliación, la corrección fraterna y la construcción de proyectos misioneros con fuerte sentido comunitario. En la “casa” los creyentes vivían protegidos y desafiados al mismo tiempo. Tenían **“un solo corazón y una sola alma”** (Hc 4/32). La experiencia vivida en la “casa” les permitía afrontar la dispersión y las presiones de la cultura pagana dominante. Les daba la fuerza interior que necesitaban para anunciar por todas partes la Palabra de Vida (Hc 8/4). Le permitía suscitar y fortalecer nuevas “comunidades-casas” donde las nuevas generaciones de cristianos podían ser iniciadas en una experiencia de fe adulta y solidaria.

*Hno. Genaro Sáenz de Ugarte
en Revista DIDASCALIA N°562*

San Miguel escribe

“Percibí intensamente su posición, todo lo que tiene de penosa. Quisiera ayudarla con todo mi corazón a superar los obstáculos que se oponen al cumplimiento de sus designios, que son, no lo dudo, los designios del mismo Dios. Pero sólo puedo rezar y hacer rezar al Dios de toda bondad que le conceda la gracia de triunfar a las resistencias de su padre, para conseguir ese permiso tan deseado.

